



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

PUNTOS DE SUSCRICION.		PRECIOS DE SUSCRICION.	
AÑO II.	Sr. Administrador del Cádiz, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39.	En Cádiz, un mes, adelantado	2 ptas.
	Madrid, en las principales librerías.	En toda España y Portugal, trimestre, 7 pesetas; seis meses, 13 id.; un año, id.	25 »
	Correspondencia literaria: Patrocinio de Biedma Herrador, 8.	En Cuba, Pto. Rico, extranjero y repúblicas americanas, semestre anticipado, en oro.	20 »
No se devuelven los originales que no se utilicen.		Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.	

20 de Diciembre 1878.

NÚM. 23

SUMARIO.

TEXTO: Errores de educacion, por ROMUALDO ALVAREZ ESPINO.—La historia, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Poesías: A la distinguida Srta. D.^a Concepcion Serrano, por FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.—El paleta y el arpa, por JUAN T. SALVANY.—A mi padre, por F. RODRIGUEZ MARIN.—A C., por E. ABLANEDO.—No vertel, por FERNANDO ARAUJO.—La simpatia, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Definicion, por JOSÉ JURADO DE PARRA.—La mujer vascongada, por ERMELINDA DE ORMAECHE.—Desde Cádiz a la Habana, (conclusion), por PATROCINIO DE BIEDMA.—Revista de Madrid, por SOFÍA TARTILAN.—Noticias.—Anuncios.

ERRORES DE EDUCACION.

XIV.

LA PRESUNCION.

Si hay pecados que en sí mismos llevan la penitencia, uno de ellos es la *presuncion*, como hijo de la vanidad, aparece hueco, vacío de intencion, y por tanto inofensivo: es un vicio en *tonto*, que puede recibirse con sorpresa; pero que desde luego se despierte con hilaridad.

Por lo mismo que rara vez puede dañar a otros, la *presuncion* se torna sobre sí, se hiere a sí propia y atrae sobre sí misma los dardos del ridículo y de la pública rechifla.

Es, sin embargo, la *presuncion* un defecto muy antiguo y muy frecuente: en tiempos de humos nobiliarios y de pujos aristocráticos, la forma comun de este vicio consistia en los vanidosos alardes de encoquetado linaje y esclarecido abolengo: el afán del presuntuoso consistia entonces en titular, en recomponer su apellido, en adulterar ó falsificar de algun modo los de sus padres, en cambiar letras y añadir ó quitar cuanto fuera preciso para hacerlos altisonantes y extraños, en trocar los nombres de sus parientes por los de cualquier objeto mueble ó inmueble, animal ó vegetal, y en fin, en alcanzar el gustazo de ser llamado *marqués* ó *duque*, en vez de *Pedro* ó *Juan*, como les puso el cura de la parroquia.

Por lo pronto, aquí hay la preferencia da-

da al *mote* humano, sobre el nombre de pila: una irreligiosidad grave; pero en la que caian los aristócratas de antaño, á pesar de sus protestas de cristianos viejos.

En segundo lugar, aquí hay una vanidad, risible por lo estéril; porque despues de todo, nada importa al mundo que haya muchos ó pocos condes y príncipes, como no sea porque tales pompas suelen estar vacías de sentido ó rellenas de aire mefítico.

Si los nobles no hubieran sido siempre una calamidad, el mundo les habria visto centuplicarse con perfecta complacencia: lo inofensivo del entretenimiento de titular y la rara pretension de querer cambiarse el color de la sangre, habrian producido risas, pero no odios; y se les habria dejado franco el paso, como se le deja á la vieja verde libertad para cubrirse de colorete y cargarse de flores y moños, á reserva de reir luego de sus pretensiones á mandíbulas desplegadas.

Mas un hombre educado en la *presuncion* de su nobleza, vacía la cabeza de ideas, el corazon de dignidad y la conciencia de cuanto es útil, es algo que divierte por lo chico y ampuloso, ó que repugna por lo estorbo y necio.

Cuando la *presuncion* se apoyaba en las empresas caballerescas y en las hazañas guerreras, medios de acreditar el valor que fueron tambien, no sólo timbres de nobleza, sino modos de ennoblecerse, el presuntuoso podía ser el más rudo ó el más fanfarron, segun que hubiese ó no en el pecho ánimo esforzado. Y no fué raro que, así como la temeridad era llamada valentia y la chiripa ensalzada como proeza, la fuerza bruta se galardonara con un título nobiliario, y la barbarie se premiara como heroismo. En tales casos, el hijo del valiente preciso era que lo fuese tambien; y cuando la naturaleza jugaba una mala partida, y el gran maton habia sido pequeño generador, la cobardía tenia que ser disimulada, y el tímido habia de presumir de valeroso.

Hé aquí entonces el *soldado fanfarron*, tipo sainetesco que nos ha hecho reir tantas veces en el teatro y en la sociedad.

De igual manera el antiguo *Amadis* habrá de presumir de bello; el viejo cristiano de devoto y recoleto; el libertino de conquistador afortunado; el orgulloso miserable de opulento y espléndido; y todos y cada cual, faltos de talento, querian aparecer dotados de aquello de que carecian, y blandos á las preocupaciones de la época, se empeñaban en poseer las cualidades que les exigia la moda aunque se las hubiese negado la naturaleza.

Achaque de las educaciones falsas es querer enmendar la plana á Dios. Quiso el Hacedor, con su lógica inflexible, que nadie pudiera dar lo que no tiene y que más fácil sea quitar que añadir, y la vanidad humana ha pensado por el contrario, que querer es poder ó que desear es conseguir, y se da á suponer virtudes que no existen ó á inventar erróneos procedimientos para dar por el artificio lo que falta por naturaleza, y á pensar que basta llegarse á creer una cosa para que así sea, y convencerse de que existe un mérito para que nada sea más cierto.

Suele suceder que llega el momento de la prueba; mas ó la prueba se equivoca, ó se interpreta con pasmosa gracia contrariamente, ó se baja la cabeza y se la deja pasar con la esperanza de que el olvido permita volver á presumir de la virtud así desacreditada.

Nada más incurable que un presuntuoso, y buena prueba es de ello lo numeroso y antiguo de la casta; porque en efecto, ó se cae en el vicio por falta de talento, y todos sabemos cuán inextinguible es la raza de los tontos, ó por aberracion mental sostenida por rancias preocupaciones de familia ó por falsas ideas y equivocadas creencias de la sociedad. En uno y en otro caso, la *presuncion* es muy difícil, cuando no imposible de corregir.

Desde luego si estriba en la tontería, no tiene remedio: la ignorancia se cura con ciencia; las equivocaciones con desengaños: mas la necedad sólo tiene por medicina el talento y todavia no hay farmacéutico que sepa preparar su dosis, ni doctor que halle la fórmula de él en su arte de recetar.

Si la enfermedad procede de aberracion

mental, y el juicio duerme en el fondo abrumado bajo el peso de rancias ideas, rutinarios usos y prácticas viejas y constantes, entonces hay la esperanza de salvar al enfermo: la cantárida del desengaño, la sacudida de un susto, el tratamiento rudo de una experiencia elocuente, pueden arruinar esas viejas construcciones del orgullo, y ese fantástico feudalismo de la vanidad, y sacar de entre el polvo y las pavesas, triunfantes la razón y la prudencia, y sobre escombros y restos de necios ídolos y soberbias cúpulas, extender la luz de la justicia, de la igualdad y de la democracia.

El espíritu nivelador moderno ha roído afortunadamente una multitud de pedestales sobre los que en otros tiempos se empinaba la *presunción*: ya no es fácil que encuentre la vanidad esas artificiosas cumbres por las que trepaba reptando el falso mérito, construido con timbres ajenos, abultado por la admiración de lo que no se entiende y la osadía que dá lo que no se puede averiguar fácilmente. Ya no es tan crecido el número de los que se encaramaron por el árbol genealógico para coger el fruto de las paternas virtudes, ni frecuente hallar gigantes en zancos de ajenos merecimientos, ni cuervos que remonten el vuelo con alas artificiales formados con plumas de águila. Van acabándose esas vanas figuras levantadas sobre sepulcros antiguos, y esos ridículos antojos de alcanzar el culto social subiendo á los altares de la moderna soberbia en hombros de los abuelos. Esto de formar enormes pirámides con los esfuerzos y las hazañas de toda una raza, para colocar en el vértice una figurilla hueca y raquítica, resto miserable de tanta grandeza, se nos figura el jirón de gloriosa bandera aún enclavado sobre el último torreón de una fortaleza derruida por el aliento popular y abrasada por el fuego de la justicia.

Enseña desgraciada que hace llorar como recuerdo y reír como vanidad, respetable como huella de la historia y despreciable como énfasis del presente; reliquia del pasado y antojo para el mañana, el viento la zapatea y el mundo silba entre sus pliegues: tal suele ser en la sociedad el ilustre vástago de la aristocracia moderna que pasea en carruaje sus condecoraciones y arrastra en los garitos sus timbres, que trocó la invencible espada ó la robusta lanza por la débil fusta ó el ligero taco de billar, y que cambia el nombre por el título en los salones y el título por el dicterio en los lupanares.

Hoy la *presunción* ha rebajado sus propias exigencias; ha torcido el camino y se apoya en méritos más fáciles de conquistar, pero no menos vanos y ridículos. Hoy el presuntuoso busca el dinero, la belleza, la elegancia ó la ciencia cuando más, para abrirse paso por el mundo.

El dinero dora al hombre por fuera, más le deja hueco por dentro; y aunque la sociedad sigue rindiendo culto al becerro de oro, también su desconfianza le ha hecho establecer que *de dinero y calidad, la mitad de la mitad*. La *presunción* del dinero por otra parte, es la más necia de todas; primero, porque si no existe, pronto se descubre la farsa: no hay más que dar la vuelta y ver la decoración de cerca; lo que remedaba pedrería, son oropeles: y si existe, sólo un necio puede satisfacerse con un acatamiento que se rinde á su dinero y sólo un imbécil puede dejar de sospechar que la sociedad murmure contra él, cuando por una parte es un asno, y por otra es envidiable.

La belleza es *presunción* que engendra el *Lindo Don Diego*: tipo gracioso, inofensivo, que podrán contar las señoras como grado intermedio entre su sexo y el contrario. Si el hombre es realmente bello, su *presunción* le

hace empalagoso: el estudio atilda una cualidad que precisamente no le corresponde ni le hace falta; la exageración se la deshace como suele pasarle hasta á la misma mujer, y los alardes de hermosura le afeminan, le borran los caracteres de la belleza varonil, le impelen á otros extremos ridículísimos que se significan en el traje, en los modales, en el estilo y en las formas y el hombre bello queda entregado á la befa femenina, al desprecio masculino y á la suerte de esos entes á que la sociedad ha puesto el nombre de *cursis*.

Si no es bello, la antítesis constante entre la verdad y la apariiencia, hace más grotesca la *presunción*: ésta realza la fealdad, como el punto brillante ahonda la sombra en el cuadro; y el presumido se hace insoportable á las gentes, que sólo le toleran por un momento y como recurso desesperado para matar el aburrimiento, ó asunto adecuado para ejercitar la crítica más descarada.

La *presunción* de la elegancia suele ser compañera de la de la belleza; porque la riqueza y buen gusto del traje y del ornato, son complemento del atractivo natural y de la buena disposición de las partes del rostro y de las formas del cuerpo. La elegancia es recurso á que apelan las hermosas para realzar sus gracias y las feas para enmendar sus defectos: los hombres recurren á ella con estudio para obtener por el traje lo que no pueden conseguir con el talento ni la virtud, y para asegurarse un éxito entre las bellas que suelen enamorarse de la corteza, sin duda porque suponen que *el hábito hace al monje*, y se olvidan de que á veces, *bajo una mala capa se encuentra un buen bebedor*.

Mas como *aun cuando la mona se vista de seda, mona se queda*, el traje suele dar unos chascos de que difícilmente se consuelan los desengañados y de cuya herida tarde ó nunca se curan los descalabrados.

Por último; la *presunción* de ciencia es la más ridícula de todas: adóptala por eso el que menos seso tiene ó el más atrevido, sin observar que es la que más fácilmente se delata; porque basta para acreditar la ignorancia abrir la boca: que como dice el refrán, *Habló el buey y dijo MÚ!*.

Tiene, sin embargo, una forma esta *presunción* que la hace más peligrosa: la charlatanería. Cuando la falta de juicio propio se suple con el juicio ajeno, y la memoria viene á ocupar el puesto que deja vacío el talento, aparece el erudito que habla siempre por boca ajena, alardea de prestada ciencia y se convierte en raudal amenazador de una inundación de extrañas corrientes. Al pronto la palabrería aturde; después la ilustración deslumbra; mas al fin el pedantismo choca, el rapsodismo se descubre y el descrédito castiga al presuntuoso.

Desde luego la verdadera ciencia es modesta: de manera que la soberbia del saber, ya debe preparar el ánimo y mantenerlo alerta: no se prodiga hasta el despilfarro lo que ha costado sudor y lágrimas, canas y arrugas el conquistar. Sucede en esto, como con el oro cuando se halla en manos del que lo ha ganado; que ni lo malgasta, ni ve sino como una profanación el uso que de él suelen hacer los que se lo encuentran acumulado y no pueden medir su valor por los esfuerzos que han tenido que consumarse para obtenerlo.

Nos queda aún el presuntuoso galante: el inventor de empresas amorosas y de aventuras nocturnas: el pequeño *Tenorio* ó falso *Don Juan*, variedad peligrosa del *Adonis moderno* ó del lindo *Don Diego* de nuestros casinos.

Este se abre paso con sus escandalosos embustes, que más suelen gustar por lo maldicientes que por lo verosímiles: tiene su auditorio que le aplaude hacia afuera y le envidia si lo cree ó le critica si duda hacia adentro,

y pronto se hace el vacío á su rededor, empezando por ver cómo le huyen los sensatos y concluyendo por notar cómo se aburren sus émulo.

Mas siempre la *presunción* termina en insulsa, en insoportable y en ridícula; y el desdichado héroe queda burlado, oyendo al mundo que le dice en coro: *Dime de lo que presumas y te diré lo que te falta*.

ROMUALDO A. ESPINO.

LA HISTORIA.

SIEMPRE hemos tenido una gran predilección por las lecturas históricas.

La filosofía de los hechos nos parece la más clara, la más verdadera de las filosofías, y gustamos de estudiarla en el terreno práctico, en el suceso mismo.

No hay estudio más grande, más interesante que el estudio del pasado.

No sabemos por qué tenemos á ese pasado un apego invencible.

En pleno siglo XIX, gozando de sus brillantes conquistas y de sus ruidosos triunfos, envidiamos á los que vivieron en los siglos de cuya historia juzgamos.

Viviendo en época de razón, suspiramos por la época del sentimiento; alcanzando un tiempo de triste indiferencia, recordamos con placer aquellos tiempos de fé!...

Y como no podemos retroceder hasta ellos con la vida material, vamos á buscarlos con la vida del pensamiento.

De aquí nuestra entusiasta afición á la lectura de la historia; de aquí que nos preocupe la manera de escribirla y que nos detengamos á reflexionar acerca de ello.

No es la historia un esqueleto de hechos; no es una consideración abstracta sobre las causas y eventualidades de los sucesos.

Hay que dar vida de acción á los acontecimientos que se refieren, y fisonomía propia á las situaciones que se consignan.

El hecho, el suceso aislado, es el cañamazo sobre el cual borda el talento del historiador el paisaje que describe, y á ese talento cabe el dar color local al fondo, carácter propio á los personajes, verdad á sus movimientos.

Si el historiador es demasiado poeta, la historia con sus bellas descripciones, con sus vivísimos cuadros, con sus levantadas figuras, atrae el ánimo del lector, le predispone al entusiasmo, y le lleva como en triunfo á través de la humanidad, que ya no existe, sin dejar á su espíritu la calma y el espacio que se necesita para juzgar lo que se estudia.

Si es demasiado severo, si el suceso aparece desnudo de galas y de comentarios; si el triunfo no halla en sus páginas una frase de aplauso y la derrota de sentimiento; si mero narrador copia las situaciones sin examinar sus ventajas y desventajas; si el hecho aparece descarnado, sin vida, sin color, sin acción, sin interés, el ánimo del lector, que no encuentra apreciaciones que guíen su juicio, se fatiga, cree asistir á un desfile de cadáveres que evocados por una voz severa se levantan ante sus ojos, y como aquellos espectros que pasan no pueden despertar su simpatía, ni atraerle hacia sí, arroja el libro con hastío, y olvida lo que en él ha visto con desden.

Ambos extremos son grandemente perjudiciales al historiador.

En la idea de narrar para que la narración sirva de enseñanza; en la idea de fijar el hecho consumado para ofrecer un ejemplo al hecho probable, hay que tomar del pasado los nombres y las cosas, los sucesos y los lugares, pero hay que tomar del presente el análisis y la reflexión, la crítica y el juicio.

La historia profana como la religiosa, puede ser sobria de detalles, escasa de apreciaciones, sencilla de expresión, pero debe ser rica siempre de animación descriptiva y de verdad filosófica.

El historiador sencillo, uniforme y conciso, no arrebató, pero enseñó; no sedujo, pero instruye.

El historiador artista, el que elevando su pensamiento canta, más bien que describe, las excelencias y los errores de una generación; el que envuelve en la fluidez de su palabra la pequeñez del acontecimiento, y oculta con las riquezas de su estilo la pobreza moral de un personaje, es más peligroso, aunque agrada más, porque extravió la opinión.

Calcar la belleza en la verdad, hacer brotar la vida de la muerte, es la misión difícilísima encargada al historiador, y de su desempeño es responsable ante la crítica presente y la sociedad futura.

No puede admitirse el exclusivismo de la narración árida y fría, ni el exclusivismo del discurso apasionado y brillante.

Una historia en que no aparezcan los personajes palpitantes bajo sus pasiones; en que no se oiga el clamor de las batallas, el choque de las armas y los cantos de victoria; en que no se vea el movimiento incesante del espíritu humano, bajo sus distintas manifestaciones, aparece como un encierro donde se mezclan en revuelta confusión líneas no concluidas, figuras mal trazadas, proposiciones incompletas y números esparcidos indistintamente.

La historia que engalanándose con la animación y brillantez que da vida al pasado deja de consignar verdades, sacrificando el fondo á la forma, es igualmente defectuosa.

Hay un medio de unir ambas condiciones.

Hacer que las letras y el estilo presten concurso á la descripción narrativa; unir en sublime consorcio la aspiración del mundo científico con la del mundo literario; hermanar bajo la forma general de lo bello el ideal del filósofo y el ideal del historiador; dejar á la investigación del pasado todo su patrimonio, y á la doctrina del presente todo su prestigio, para formar con la historia un cuadro vivo del linaje humano.

Sólo así, sólo mirando el historiador los sucesos desde su propia altura; sólo estudiando sus causas, sus circunstancias y sus motivos puede transmitirnos su propio sentimiento, sin que se confundan nuestras impresiones creyendo heroísmo lo que es temeridad, creyendo crueldad lo que es fortaleza en la justicia; creyendo pasión lo que es vicio.

La imparcialidad debe ser su norma, y por eso contendría que el historiador no lo fuese de su patria; no hay pensamiento por firme que sea, que no se sienta impulsado por sus afectos.

El historiador, cuanto más lejos se halle de sí mismo, tanto mejor juzga las causas vencidas y los hombres victoriosos.

¿Cómo no ha de sentir lo que expresa, y cómo, al expresar lo que siente no ha de olvidar reglas, siguiendo al sentimiento que le arrastra?

¿Cómo no ha de conmoverse en lo que admira, cómo no interesarse en lo que juzga, cómo no apasionarse de lo que ve, si es hombre, y pasan bajo su vista las pasiones de otros hombres?

¿Cómo no ha de palpar su corazón, si son fibras de otros corazones lo que remueve su mano, al descubrir escombros y analizar sucesos?

Los mejores historiadores del mundo antiguo y moderno han sido acusados de parcialidad al referir hechos propios, y si fuésemos citando sus nombres, veríamos que ellos mismos han incurrido en la falta que denunciaron.

Chateaubrian, por ejemplo, se lamenta de no ver imparcial al P. Mariana, y atribuye él á los franceses condiciones de semi-dioses!...

Por eso creemos que debía ser extraño á una nación el que escribiera su historia, así como que el lector debe poner entre la realidad del suceso y la pasión del escritor, su buen sentido, y la imparcialidad de su propio juicio.

PATROCINIO DE BIEDMA.

Á LA DISTINGUIDA SRTA. D.^a CONCEPCION SERRANO.

EN SUS DIAS.

Eres Concha flor preciosa
De peregrina hermosura;
Dulce niña candorosa,
Hoy capullo, pronto rosa
De espléndida galanura.

De rico tronco nacida,
Ramaje altivo te ofrece
Cual firme apoyo en la vida,
Y á su sombra bendecida,
Tu puro cáliz florece.

Tú no conoces del mundo
Las mentidas ilusiones,
Su laberinto profundo,
Ni su manantial fecundo
De penas y decepciones.

Por su prisma más risueño,
Disfrutas sólo el placer,
Para tí la vida es sueño
Y en porvenir alhagüeño
Puedes tranquila creer.

Goza feliz, Concha bella,
De tus padres el amor
Y siempre noble descuella,
Como la célica estrella,
De fúlgido resplandor.

Quiera el Cielo en este día,
Darte la felicidad;
Y admita la poesía,
Que mi cariño te envía
Cual ofrenda de amistad.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Madrid, Diciembre 8: 1878.

EL PALETO Y EL ARPA.

Á CONCEPCION GIMENO.

Del lujoso tapiz de un aposento
Pendía un arpa abandonada y muda.
Un paleta entró en él; vió el instrumento;
Y de hacerlas vibrar con el intento
Hirió las cuerdas con su mano ruda.
¡Soberbia pretensión!... Tocar no sabe
Y halla una nota grave
Donde encontrar pensó una nota aguda.
Prueba una y otra vez y siempre en vano:
El arpa le responde lastimera,
Con desacorde son, cual si sintiera
El brusco ataque de la torpe mano.
De su inútil afán se cansa pronto,
Y tirando el indócil instrumento,
Con aire de doctor... ó de jumento,
—Está desafinada,—dice el tonto.
Pero acierta á llegar hábil arpista;
El instrumento mide con la vista;
Le coge, y no hay, cuando á tañerle empieza,
Ni acorde que no arranque su destreza,
Ni cuerda que á sus dedos se resista.
Del huracán el áspero silbido,
Las melodías de afinado coro,
El ¡ay! que exhala el corazón herido
Y el murmurar sonoro
Del arroyo entre juncos escondido;
Las querellas del alma enamorada,
La tempestad sobre la mar rugiendo,
El fragoroso estruendo
Del río al despeñarse en la cascada;
Todo lo va fingiendo
El arpa, avasallada
Al yugo de la mano ejercitada.
De su asombro el paleta no despierta,
Y juzgándola engaño ó brujería,
Escucha la armonía
Mirando al techo y con la boca abierta.

Como las arpas son los corazones:
¡Cuántos al tuyo arrebató quisieron
Sonoras vibraciones,
Y paletos de amor y de ilusiones,
—Está desafinado,—se dijeron!...

JUAN TOMÁS SALVANY.

Madrid: 1878.

Á MI PADRE.

DEDICATORIA DE MI LIBRO «AURORAS Y NUBES.» (1)

Antes ¡oh! padre! de estampar tu nombre
Á la cabeza de ellas, he leído
Con indecible afán, una por una,
Las páginas, ya impresas, de este libro.

Durante la lectura, ¡cuántas veces
Exhaló el corazón hondo suspiro!
Y ¡cuántas he cubierto con mis manos
El rostro, de vergüenza enrojecido!

¿Qué páginas son éstas para un padre?
¿Qué libro extraño es éste que te envío?
¿Cómo á tu santo amor, cómo á tus canas
La historia de mis crímenes dedico?

¡Crímenes, sí! Lo dice mi conciencia,
Y también, también yo quiero decirlo:
¡Si no estalló mi pecho al cometerlos,
Tampoco estallará si los publico!

¡Crímenes! ¿No lo fueron, por ventura,
Tu abnegación desconocer impio,
Perder el tiempo en torpes bagatelas
Y estériles hacer tus sacrificios?

¿No está mi crimen indeleblemente
En estas negras páginas escrito?
¿No he pospuesto ¡exécrable y ruin perfidia!
Á un amor del infierno tu cariño?...

¡Oh, no hay crimen mayor! ¡Que el triste pecho
No rompa el corazón con sus latidos!
¡Mil años de torturas horribles,
Fueran escasa pena á mi delito!

Y ¿tú me amas aún? Y ¿tú, imitando
El generoso proceder de Cristo,
«¡Yo te perdono!» exclamas, y anhelante,
En tus brazos me das perdón y olvido?

Y ¿tú, resucitando la parábola
Que nos refieren los Sagrados libros,
Á este gran pecador, á este Hijo Pródigo
Sobre tu seno estrechas compasivo?...

¡Oh, gracias, gracias! Celestial consuelo
Viene á inundar mi acongojado espíritu,
Y límpidos y extensos horizontes
De dicha y dulce paz abrirse miro.

¿Cómo pude enojarte? ¿Cómo pude
Tu santo amor desmerecer indigno?
¿Á quién amar que valga lo que vales?
¿Quién como tú, señor y padre mío?

Desde hoy verás en mí—yo te lo juro:—
Al hijo amante y tierno, que solicito,
No tiene otra ambición ni otra delicia
Que la de merecer tu amor bendito.

¿Para qué más amor?... Sabré pagarte
Con desvelo filial tus sacrificios...
¡Qué me falte la luz de la existencia,
Antes que no cumplir lo que te digo.

Acepta, mientras tanto, estos renglones,
Á cuya conclusión llorando escribo:
«Á mi padre, al más bueno de los padres,
El hijo más ingrato de los hijos.»

FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN.

Sevilla: 1878.

A C.

ROMANCE.

Si confías en mi alma
Como en la tuya confía
La del que sufre constante
Rigores de la desdicha:
Si eres conmigo sincera,
Si tienes, cándida niña,
Un poco de caridad
Con quien de veras te estima;
Y si quieres contestar
Á mis preguntas amigas,
Aun sin sobrar experiencia
Te aseguro, por tu dicha,
Desvanecer esa nube
Que en tu frente se desliza,
Acaso anunciando penas,
Quizá bondad infinita,
Quizá pesar infundado...
Y penas no tengas, mira
Que las penas son recuerdos
Que al alma pura fatigan

(1) Inédita.

Aniquilando creencias
Que Dios nos dá con la vida.

El perfume de tu aliento,
De tus labios la sonrisa,
Esa límpida mirada
De tus ojos, que cautiva,
Criatura encantadora,
¿No son del cielo armonía?
Ahuyenta de tí pesares
Irguiendo la frente altiva,
Porque siendo pura el alma
y á más de pura sencilla,
Debe mostrar el semblante
De la virtud la divisa.

¿Qué rigores te atormentan?
Dime tú, ¿por qué suspiras?
¿Qué profundo sentimiento
Ó qué enojosas cuitas
Robaron la dulce paz
De tu corazón de niña?
Amas acaso?... mil veces
Tu alma sea bendita,
Que más puro es el amor
Cuanto más el alma es digna.
Aleja de tí las dudas
que arraigadas mortifican,
Y ese puro sentimiento
Que en tu corazón germina
Convierta en fé la tristeza,
Que nadie con fé vacila.

Los amores son los sueños
En que vive nuestra vida:
Las esperanzas son luz
Que las penas dulcifican:
Espera con fé, creyendo
Que Dios al que espera alivia.

E. ABLANEDO.

Bilbao: 1878.

¡NO VERTE!

¡No verte!... no sentir embriagadora
Tu mirada en mis ojos, alma mía,
Ni escuchar la suavísima armonía
De tu voz seductora
Al decir con amor sin semejanza
«Tú eres mi bien, mi dicha, mi esperanza!...»
¡Qué triste es esto ¡oh si! triste, muy triste!
Concluyó para mí toda alegría
Y el placer concluyó ¡ah! si siquiera
Yo pudiera llorar... ¡oh! si pudiera!...
Pero no tengo lágrimas... ¡el cielo
También me las negó... ¡no, no hay consuelo!

FERNANDO ARAUJO.

Salamanca: 1878.

LA SIMPATÍA.

Es la vida una cadena
Que forma sus eslabones
Con recuerdos é ilusiones,
Con sueños y realidad:
Nadie sabe dónde empieza,
Dónde acaba nadie sabe...
¡El hombre va, como el ave,
Sin rumbo en la inmensidad!

La misteriosa cadena,
Al más leve movimiento,
Hace con un sentimiento
Palpar el corazón;
Y el hombre, rey de la vida,
Aunque mide sus pasiones,
No puede las sensaciones
Dominar con su razón.

Pues, aunque en su loco orgullo
Él llama su fuerza inmensa,
Nuestra materia, si piensa,
Piensa aquello que ya es;
Y no es ella la que forma
Las esencias de la idea...
La materia nada crea,
Siente la creación tal vez.

Por eso el hombre se agita
Como un eslabon flotante
De esa cadena gigante
Que en su mano tiene Dios;
Y si el destino le impulsa
sigue obediente al destino;
Parte de un todo divino
Pasa y algo deja en pos.

Por eso el alma es movable
Como es movable la ola;
Ella puede por sí sola
La sensación retener;
Mas no puede darle vida,
Que sólo cabe en su aliento,
El poder del sentimiento
No la fuerza del poder.

No es, pues, la razón soberbia
La que decide en la vida
La atracción desconocida
Que fuerte se hace sentir;
No es la voluntad, que firma
El decreto soberano
Que obliga al orgullo humano
Sus caprichos á cumplir.

Es que Dios, bajo su aliento
Latir hace levemente
Esa cadena viviente
De que el hombre es eslabon;
Y sus ecos al unirse
Producen una armonía,
Que disuelve en simpatía
El latir del corazón.

PATROCINIO DE BIEDMA.

DEFINICION.

¡El amor es un martirio
Que vive dentro del alma;
Dá sólo valles de calma
Entre montes de delirio!

JOSÉ JURADO Y PARRA.

Baeza: 1878

LA MUJER VASCONGADA.

A MI QUERIDA AMIGA LA SEÑORA DOÑA MELITONA LARRAZABAL DE ONDARO.

QUIEN no ha visitado detenidamente el hermoso país llamado Euskaria, quien no ha estudiado su poético y expresivo idioma, sus patriarcales costumbres, sus sabias leyes, no puede formarse una idea aproximada de lo que es esa tierra bendita donde la fé, la hidalguía y el honor, constituyen la herencia tradicional de todos sus hijos.

Ningun pueblo conserva mejor sus tradiciones que el pueblo vascongado; ninguno se mantiene más fiel á sus gloriosos recuerdos.

Hay quien califica á los euskaros de frios y orgullosos; semejantes calificativos son tan injustos como apasionados, y nadie que no sea su enemigo y conozca á los nobles descendientes de Lekobide, les juzgará tan dura como innecesariamente.

Podrá decirse de los vascos que son arrogantes y altivos, con esa altivez honrada, con esa arrogancia fiera que distingue á las razas de héroes; pero nunca que son orgullosos.

La sencillez de corazón y la naturalidad en sus maneras y en su trato son los rasgos más gráficos de su fisonomía moral.

Por lo demás, ¿dónde hay un pueblo que le aventaje en el entusiasmo, en la vehemencia, que raya casi en delirio, con que ama sus agrestes montañas y sus risueños valles?

¡El amor á la patria es un culto en la Vasconia!

Las madres lo enseñan á sus hijos á la vez que las primeras oraciones al Santo Ángel de la Guarda, á la Virgen Purísima y al divino Infante Jesús.

Aquí todos son poetas, todos son músicos, todos son artistas, y lo son por intuición, sin darse cuenta de ello siquiera.

El sentimiento de lo bello está, por decirlo así, encarnado en el corazón de los euskaros; en su alma en-

tusiasta y vehemente crece, se desarrolla y manifiesta con la mayor espontaneidad, esa suprema aspiración á lo grande, á lo sublime, á lo armónico que distingue á los seres superiores, á los seres privilegiados.

¿Cabe amalgamar la frialdad que algunos atribuyen á los vascongados con la exuberante y rica inspiración que vertida en cadenciosos versos y en notas sentidísimas, brota espontánea y á torrentes de los labios de esos sencillos é incultos aldeanos, y mucho menos con el exaltado amor patrio que todos reconocen en ellos?

¡Ah! ¡Si sus detractores les conociesen es bien seguro que sentirían trocado su odio en simpatía, su desprecio en admiración!

Cierto que la decantada civilización moderna no ha podido todavía trasponer, por mas que hace esfuerzos desesperados por conseguirlo, los elevados picos y empinados montes que circuyen ese país privilegiado, como queriendo preservarlo de la maldad que, á pretexto de ilustrarles, enseñan á los pueblos los apóstoles de las nuevas doctrinas, encaminadas á corromper los corazones y á extraviar las inteligencias, pero quizás, y sin quizás, esto mismo constituye el primero y principal elemento de la felicidad envidiable, de la tranquilidad apacible que disfrutan sus moradores.

Allí no se encuentra el tipo repugnante del niño que para parecer hombre cree necesario hacer necios alardes de excecicismo é inmoralidad, ni ese otro, mucho más repugnante aún, de la mujer despreocupada que, transportada de allende los Pirineos vá teniendo, desgraciadamente en España algunas imitadoras.

Allí los niños y los adolescentes, los jóvenes y los ancianos conservan y ostentan como el mejor blason la fé que heredaron de sus mayores, y á todos se les vé cumplir sus deberes religiosos con una escrupulosidad que arrancaría más de una sonrisa desdeñosa á los discípulos de la neo-filosofía, en concepto de los cuales la Religión no se ha hecho más que para los tontos y para las mujeres,—como se vé tampoco son muy galantes que digamos los propagadores de la nueva ciencia,—pero que los hombres pensadores de corazón sano y de intención recta respetan profundamente, lamentando que no suceda lo propio en todas partes.

Se observa que los filósofos á la moda, y sus adeptos, son los que con mayor prevención miran á los vascongados, los que más acentúan su odio contra el modo de ser especial de ese país, los que han trabajado con más ahínco porque se hundan sus venerandas instituciones.

Y bien pensado, esto es lo más natural.

El espíritu de austera moralidad y de inflexible justicia que caracteriza á ese pueblo, sus hábitos de trabajo, su ardiente fé, su inquebrantable firmeza, hija de la ciega confianza que tiene en la protección de su *Jaungoicoa*, son otros tantos obstáculos que se oponen poderosamente á que tomen carta de naturaleza en él las funestas ideas de los modernos regeneradores de la humanidad, que yace sumida en los horrores de la ignorancia.

Ellos lo saben, y de ahí el encono con que le ultrajan y el afán que demuestran porque desaparezca hasta su idioma en la convicción de que una vez obtenido esto les sería llevar á feliz término sus innobles fines.

¡Oh! ¡Qué triunfo para el racionalismo! ¡Hacer que las religiosas y morigeradas provincias vascas tomen parte en la danza infernal de los pueblos cultos, suadissant, que se agitan desatentados y como poseídos de un vértigo espantoso ante los altares erigidos á la soberbia, á la ambición y á todas las malas pasiones, y contemplar con satánico regocijo desiertos y abandonados los santos templos en que ántes oraban con fervorosa piedad á la inmaculada *Andra Maria*!...

¡Luchad, luchad sin tregua ni reposo, sectarios del error! empero, nosotros os aseguramos que perdeis lastimosamente el tiempo.

Mientras no se haya borrado hasta el recuerdo de su hermosa lengua euskara; mientras puedan llamarse con razón vascongados, los dignos descendientes de los antiguos y valerosos cántabros guardarán incólumes en sus pechos, como el tesoro más rico, las puras y santas creencias que son sus timbres más preclaros y base de todas las grandes virtudes.

No; el noble pueblo que jamás humilló su cerviz al

yugo extraño y que lo debe todo á su fé acrisolada, no permitirá que le arranquen del corazon la fecunda semilla que tan hermosos frutos produce, para sembrar en cambio en su fondo la incredulidad, la duda, ó, lo que todavia es peor, la indiferencia.

No: esto no puede suceder, porque la lengua que se llama con fundamento primitiva; la lengua que habló, santificándola, la milagrosa Virgen de Begoña; la lengua que hablaron los primeros pobladores del mundo y ha sabido conservarse en toda su pureza á través de los siglos, subsistirá hasta la consumacion de éstos sin perder nada de su belleza y gracia naturales, y los vascones no perderán tampoco un solo rasgo de su fisonomía peculiar: serán siempre vascones.

Dios vela por la conservacion del pueblo euskaro, fiel observador de su ley santa; Dios mismo, sí, y despues de Él, ó, mejor dicho, inspirada por Él, la mujer vascongada.

¡La mujer vascongada!

Lectores, saludad respetuosamente con nosotras á la mujertal como el Señor ha querido que sea: compañera del hombre en la fatiga, genio del bien que le sostiene y le alienta en sus combates contra la adversidad.

De ánimo varonil y levantado, de clara inteligencia y vivísima imaginacion, sabe hacerse superior á todas las situaciones de la vida, y por difíciles que ellas sean las mide con serenidad y halla en el acto el medio de salvarlas.

La mujer vascongada es el verdadero tipo de la mujer fuerte de que nos hablan los Sagrados Libros.

Hay en su corazon una extraña mezcla de ternura y de energía, de fortaleza y de sensibilidad imposible de describir.

En su alma se aunan, en admirable consorcio, el valor inconcebible de las matronas de Esparta y la exquisita delicadeza de sentimientos de una niña meridional.

Nadie ignora que la tierra mas árida, ménos feraz de España es la de esas provincias.

Sólo sus laboriosos hijos, verdaderos titanes del trabajo, pueden hacerla fértil con los rios de sudor que incesantemente derraman sobre ella. Pues bien: la mujer allí comparte con el hombre el cultivo de sus heredades, le ayuda en el penosísimo ejercicio de lavar la tierra, lo que exige un desarrollo de las fuerzas musculares que parece imposible en la mujer, y no le abandona, por último, ni en las tareas de la recoleccion.

Todo esto sin desatender sus ocupaciones domésticas, que para todo encuentra tiempo esta mujer sublime, verdadero ángel de consuelo, paz y alegría de su hogar. Por algo tiene en su dulce idioma el expresivo nombre de *echo-co-andra*. (1)

Nosotras, que hemos pasado años enteros recorriendo las alegres aldeas vascongadas; que hemos aspirado con delicia el perfume de santa felicidad que satura el ambiente de sus modestos caserios, gozando cuanto no es decible en conversar largamente con los sencillos y francos labradores, que eran nuestros mejores amigos, conocemos perfectamente sus costumbres y podemos describirlas con fidelidad.

Durante nuestra permanencia en Guernica, poética villa que reclinada suavemente en la falda del monte denominado Cosnoaga y á la sombra protectora del venerando roble á que debe su celebridad en el mundo, vé dilatarse ante ella una vega deliciosa cortada á trechos por el gracioso serpenteo de su ría, ocupábamos una casita de campo próxima á la iglesia juradera de Santa Maria de la Antigua, y cuya planta baja estaba habitada por una honrada familia de labradores.

Dadas nuestras aficiones y simpatías por la gente del campo, no debíamos tardar en establecer estrechas relaciones de amistad con nuestros vecinos; así fué en efecto.

El jefe de aquella dichosa familia se llamaba Juan José: su esposa Mari-Antoni.

Ambos eran jóvenes, pues ninguno de ellos pasaria de los treinta y seis años.

Tenian cuatro hijos, dos varones y dos niñas; el más pequeño de dos años, la mayor apenas llegaba á los doce.

Al poner la planta en aquel pobre albergue y obser-

var el aseo y el orden que brillaba en la colocacion de su escaso menaje, se comprendia desde luego que allí reinaban el bienestar y la ventura.

Y el observador no se equivocaba al juzgar así.

Pocos seres habrá tan felices como lo eran Juan José y Mari-Antoni.

Ella decia de él que no habia en el mundo un hombre como su marido, y él decia de ella que mujer como la que habia tenido la dicha de encontrar no era posible hallarla en toda la redondez de la tierra.

Jamás habian tenido un disgusto, ni se habia dado nunca el caso de que sus opiniones fuesen contrarias al tratarse de una cuestion cualquiera, lo mismo trivial que grave, fuese ó no de interés para ellos.

Mari-Antoni nos lo repetia mil veces con noble y santo orgullo y nosotros admirábamos el *talento* singular de aquella mujer *ignorante*, que en tan alto grado poseia la ciencia de las ciencias: la ciencia de hacer felices á los que la rodeaban.

Ved ahora cómo vivia aquella familia, modelo de honradez, de laboriosidad y de todas las virtudes cristianas, y no olvideis que así viven todas, ó por lo ménos, la generalidad en ese país de bendicion que se llama *euskal-erri*as.

Por la mañana, apenas empezaba á amanecer, y despues de haber dado gracias á Dios por haberles permitido llegar con salud á un nuevo día, mientras el marido limpiaba el establo, preparaba el alimento al ganado y renovaba las pajas que le servian de establo, la mujer lavaba y vestia á los pequeñuelos ayudada por su hija mayor, arreglaba la humilde vivienda, disponia un ligero almuerzo y dejaba colocada junto á la alegre llama del hogar la pobre olla que habia de darles fuerzas para continuar sus duras faenas.

Luégo que tomaban su modesto desayuno, Mari-Antoni se dirigia á Josefa, que así se llamaba la mayor de sus hijas, y le recomendaba el cuidado de sus hermanitos y de la olla, el lavado de tal cual ropita de los niños y el esmero con que debia ejecutar la labor que le dejaba preparada, despediase uno por uno de aquellos tiernos seres, pedazos de sus entrañas, colmándoles de besos y caricias y llamándoles mil nombres dulcísimos que, traducidos, pierden la mitad de su dulzura, porque el vascuence, lectores, es verdaderamente intraducible, y dejaba por fin la casería acompañada de su esposo, no sin volver la cabeza á cada instante para dirigir una mirada cariñosa, una palabra de amor á sus hijos, que la veian partir entre risueños y llorosos, y exclamaban cuando estaban ya á punto de perderla de vista.

—*¡Ama! ¡queure amachu mailea! zelonico zara-laisez*. (1)

El sonido de aquellas suaves vocécitas conmovia todas las fibras de su corazon maternal, y aquella mujer de semblante tostado por el Sol y curtido por el viento de las montañas; aquella mujer de aspecto y musculatura casi varoniles, sentia los ojos humedecidos por las lágrimas que enviaba hasta ellos su alma excesivamente tierna y apasionada, delicada é impresionable en extremo.

—*Bai, neure semeac ederrac* (2), *bai*,—les contestaba enviándoles el último beso con las puntas de los dedos.

Entonces Juan José se volvía tambien hácia sus hijos y les saludaba cariñosamente con la mano, mientras ellos le gritaban con todas sus fuerzas:

—*¡Adio, aitadm!* (3)

El matrimonio seguía su camino con direccion á las heredades que poseia en la vega, hablando del excelente resultado que se prometían de la cosecha próxima, segun el aspecto inmejorable que presentan los campos, de la buena salida que tenían los trigos y maizes que guardaban en sus graneros, del porvenir de sus hijos y de otras cosas análogas.

Juan José y Mari-Antoni permanecían en la heredad, trabajando, como suele decirse, sin levantar cabeza, hasta que oían la campana de la parroquia que tocaba al mediodía. Entonces aquel hombre justo se quitaba la boina, y con voz clara y reposado tono recitaba la salutacion á la Santísima Virgen; contestábale su esposa con santo recogimiento, y dejando los

(1) ¡Madre! ¡querida madreita nuestra! ¿vendrás pronto?

(2) Sí, hijos míos, sí.

(3) ¡Adios, padreito!

instrumentos de labranza, seguros de que allí habian de encontrarlos, tornaban á su tranquilo hogar en busca de la pobre comida encomendada al cuidado de Josefa, quien, diligente y activa como su madre, preparábalo todo de tal modo que cuando llegaban los autores de sus días rendidos de cansancio, no tenían que hacer más que sentarse á la mesa, que como buen cristiano, bendecía fervorosamente Juan José ántes de tomar el primer bocado de *arloa* (1), así como, al terminar el último, daba gracias al cielo por haberles concedido el alimento en aquel día.

Concluida la comida Juan José jugaba un poco con sus hijos, mientras su mujer se ocupaba en alguna faena doméstica.

Despues la escena de la mañana se repetía, el matrimonio tomaba el camino de la vega con la alegre tranquilidad de los que tienen la conciencia de sus deberes religiosos y sociales y los saben llenar cumplidamente, y de allí no regresaban hasta despues de haber rezado el *Angelus*.

Pero lo que realmente encantaba, lo que llenaba el alma de una dulce é íntima satisfacción, eran las deliciosas noches de aquella bendita familia.

Nosotras bajábamos á pasar á su lado un par de horas que siempre nos parecían dos minutos; ¡tan grato era para nuestro corazon el hermoso espectáculo de pura felicidad que ofrecía el pobre hogar de nuestros vecinos!

En Verano á la luz de la Luna, sentados fuera de la ancha portalada, bajo la verde parra que adornaba la entrada de la casería, y en Invierno al amor de la lumbre, en tanto que iba cociéndose la dorada torta que habia de servir para la frugal cena, Mari-Antoni hilaba ó componía las ropas de su esposo y de sus hijos, Josefa hacia media, Juan José preguntaba alguna parte del *Astete*, traducido á la lengua euskara, á los pequeños, y despues departía sosegadamente con nosotras acerca de distintas y graves cuestiones, admirándonos no poco el acertado criterio con que sabia resolverlas muchas veces.

Ambos esposos gustaban de oír narraciones de viajes y de costumbres de países para ellos desconocidos, y nosotras nos complacíamos en referirles cuanto habíamos visto ó leído en estas materias.

Una noche hablando de la asombrosa fecundidad de aquellas tierras lejanas que, segun la bella frase de un respetable amigo nuestro, el gran Genovés hiciera levantarse como concha preciosísima de la espuma del Océano, decia Juan José con cierto sentimiento de envidia, que jamás habíamos observado en él.

—¡Qué felices serán allí los labradores! Ellos recogen sin fatigarse tres ó cuatro cosechas cada año, mientras nosotros gastamos nuestras fuerzas trabajando sin descanso todos los días para arrancar á esta tierra ingrata un puñado de maiz y otro de trigo, que, vendidos á buen precio, apenas si alcanza su producto á cubrir nuestras necesidades.

Mari-Antoni levantó la cabeza y miró con asombro á su marido; sin duda le extrañaba aquel lenguaje.

Dios sabe lo que hace,—contestó con reposado tono,—y lo que á cada uno de sus hijos conviene seguramente que esos á quienes envidias no son tan dichosos como los crees, y si lo son, nunca su dicha podrá exceder á la que, gracias al cielo, disfrutamos nosotros. Es verdad que nuestro trabajo es duro, pero tenemos salud y robustez bastante para soportarlo, y mientras no nos falten tan preciosos dones, pecaremos de ingratos contra el Señor, si injustamente nos quejamos de nuestra suerte.

—Mari-Antoni dice bien,—repusimos nosotras;—Dios sabe lo que hace y lo que á cada uno de sus hijos conviene: hé aquí un axioma que no ha sido nunca ni será jamás desmentido en ningun caso. En el mundo moral, como en el físico, todo está perfectamente relacionado entre sí; á nadie aflige una pena mayor que la que pueden resistir sus fuerzas morales; el que ha nacido en ardorosos climas, moriria sin remedio al ser trasladado á las heladas regiones del Norte y viceversa. Dios ha hecho á los euskaros fuertes como las rocas de estas montañas, de cuyo seno arrancan sus hercúleos brazos la rica vena que airoas naves se encargan de llevar á otros pueblos, para que sean modelo de laboriosidad, de honradez, y de todas las vir-

(4) Pan de maiz.

(1) Mujer de su casa.

tudes austeras hijas del trabajo, cuando el trabajo está sostenido por la fé.

—Ciertamente, añadió Mari-Antoni;—si no nos costase tantas gotas de sudor el fecundizar la estéril tierra en que nacimos, tal vez seríamos unos araganes poco temerosos de Dios, y no hubiéramos alcanzado la fama de trabajadores, valientes y religiosos que hoy tenemos en todas partes, según dicen.

—Así es la verdad: donde quiera que los designios de la Providencia le lleven, el euskalduna encuentra proteccion y simpatías, sabe hacerse amar de todos, lo mismo propios que extraños, por su carácter noble y franco, siempre jovial, con esa jovialidad hija de una conciencia inmaculada; por su actividad infatigable, y por el santo respeto que profesa á la Religion, de cuya suave tutela no se aparta un punto por nada ni por nadie.

El buen Juan José había escuchado atentamente nuestros razonamientos, y en particular los de su mujer.

—Tienen ustedes mucha razon, lo confieso,—dijo,—y estoy arrepentido de haber dicho tan grande tontería. Es verdad que siempre me sucede lo mismo: cuando habla Mari-Antoni parece que un ángel lo hace por su boca, porque me convence enseguida.

—¿De modo que ya no volverás á envidiar á nadie creyéndole más feliz que tú?

—No, por cierto; ni á pensar que mi trabajo es excesivo, puesto que tú me das ejemplo trabajando tanto como yo en el campo, y mucho más que yo dentro de casa. Mostrarme descontento sin motivo sería ofender á ese Dios tan bueno que pródigamente recompensa nuestros afanes.

Entonces, aquella mujer extraordinaria alargó sus brazos atrayendo hacia ella á sus hijos, y dando á su fisonomía una expresion de majestad dulce y solemne á la vez, les dijo de este modo:

—¡Hijos míos! No olvidéis nunca que el trabajo es un precepto divino, que todos debemos cumplir con la alegría en el espíritu, y la paz en el corazón; el mismo Salvador del mundo se sometió á él, y ningún buen cristiano debe rehuirle por enojoso y duro que sea. Si queréis ser felices en esta y en la otra vida, sed trabajadores, sed probos, honrad el nombre de Dios; en una palabra: recordad vuestro noble origen, y en vuestros actos y en vuestras palabras, demostrad siempre que sois dignos del honor de haber nacido euskalduna.

En aquel momento sonó el toque de ánimas.

Nos levantamos á rezar por los que ayer estaban á nuestro lado y ya no existen, y así sin pronunciar una palabra más, nos despedimos.

Todos estábamos afectado y pugnando por contener las lágrimas.

A los pocos momentos les oíamos desde nuestra casa recitar el santo Rosario.

Os hemos hecho conocer una familia euskara, queridos lectores, y bien podeis asegurar que habeis conocido en ella á la gran familia de los euskalduna para la cual todos los dias son iguales al que os hemos descrito, excepto los festivos, en que, obedientes al tercer precepto del Decálogo, que dice al hombre: *Santificarás las fiestas*, á la vez que descansa de sus ordinarias fatigas, se consagra con mayor esmero á las cosas de Dios, oyendo devotamente la Misa mayor de la parroquia, y asistiendo á visperas por la tarde, sin perjuicio de entregarse á las puras é inocentes diversiones propias del país.

¿No os parece lectores, que los incultos y agrestes hijos de las montañas vascas han sabido resolver á maravilla el difícil problema de la felicidad?

¿Y no creéis, como nosotros, que la *echeco-andra* esa mujer admirable, ignorante y sabia al mismo tiempo, con cuerpo de hierro y alma delicadísima abierta á todos los sentimientos generosos, á todas las impresiones sublimes, es la vestal que manteniendo siempre vivo el fuego del sacrificio ante aquella veleidosa deidad, consigue detener su vuelo y la obliga á sentar su trono resplandeciente en medio del pobre hogar que alberga á su familia?

Por eso nosotras, que temblamos al considerar los extragos que causa en la humanidad esa impiedad asquerosa que impunemente se predica por do quiera, nada tememos por la suerte de esas caras Provincias.

La mujer vascongada es la roca Tarpeya en que irán á estrellarse las inicuas maquinaciones de los enemigos de la felicidad euskara.

El pueblo vascongado no será jamás impio ni indiferente; no será ni siquiera *despreocupado*.

Y si alguna vez—no lo permita el cielo!—estuviera próximo á vacilar en la fé, á caer en el abismo de la duda, la mujer euskalduna, respondiendo á la mision salvadora que Dios la encomendara, hará un supremo esfuerzo y le contendrá en su borde evitando que sea desleal á las gloriosas tradiciones de la antigua Euskaria.

¡Dichosos los pueblos en que haya muchas mujeres como Mari-Antoni, porque en ellos no harán nunca prosélitos los infames sacerdotes del mal!

ERMELINDA DE ORMAECHE.

Santander: 1878.

DESDE CÁDIZ Á LA HABANA.

(Conclusion.)

—¡Oh! yo tenía un padre muy sabio, muy acostumbrado á estudiar la vida en los dolores de la humanidad, pues era médico, y de los más notables, y me decía: «Hija mía, hay pocas verdades en este mundo, y una de ellas, acaso la única, es que el hombre pierde néciamente el tiempo en averiguar lo que es y adonde va, siendo así que es una creacion animal, que ha de descomponerse por la muerte como otra cualquiera, cuando una causa natural altere ó apague esa fuerza regeneradora que le sostiene.

—¡Oh! si el hombre se coloca voluntariamente al nivel del bruto, ¿qué ha de hacer de esa razon y ese sentimiento que le eleva á un ser?

—Mi padre decía, continuó Magdalena, que la razon puede hacernos comprender esa verdad, y el sentimiento inspirarnos el deseo de goces y placeres que han de hacer más fácil nuestro camino.

—Pero esa vida no es vida, dije yo casi indignado: es la negacion de todo: ¿en qué ley ha de apoyarse el hombre que las desprecie todas para no volverse como una fiera salvaje contra el que, con el mismo derecho, se oponga á sus deseos?

—¡Oh! ni mi padre ni yo negábamos que hubiera leyes muy respetables.

—Pero negais el deber de atenderlas y el derecho de formarlas.

—¡Oh, no! Sólo que las modificamos un poco, á nuestro modo: esas leyes de utilidad particular las hacemos de utilidad general: rompemos esas barreras que han levantado la candidez ó la maldad, y reconocemos con un derecho perfectamente igual una libertad perfectamente indiscutible.

Yo la escuchaba absorto. Aquellas frases, que sólo eran concebibles en boca de uno de esos revolucionarios que intentan hacerse entender de las masas aturdiéndolas con retumbantes palabras y enmarañados sofismas, en una fresca y linda boca de mujer era el absurdo de los absurdos.

—Es decir, que Vd. se emancipa de la ley comun, la pregunté, dando á mi acento una ligera inflexion de burla, y creyendo, aunque Magdalena hablaba en serio, que se chanceaba.

—Eso es, dijo tranquilamente; me emancipo de esa estúpida ley de la costumbre que hace de la mujer una esclava, y me declaro libre, sin pretor ni manumision, por mi propia dignidad.

—¡Libre! exclamé en el colmo del asombro; y ¿qué es la mujer libre, señora, sino la caricatura ridicula de esa dignidad que Vd. conoce?

—¡Oh, no! la preocupacion. ¡He ahí la influencia de la costumbre!

—No, señora, de la costumbre ciega y absurda, no; de la razon y la experiencia, sí; al aceptarse lo bueno hasta erigirlo en costumbre, se nos hace respetable, porque aquel no es ya el hecho aislado y casual, es la aprobacion de miles de seres que lo confirman y autorizan.

—¡Error! el sentimiento que es no se guía por el sentimiento que fué:

—El sentimiento no se crea por la propia voluntad, y como creacion, obedece á una ley general.

—Que puede modificarse, y esto es lo que yo hago.

Yo miré á Magdalena con una especie de pena y asombro que le arrancó una carcajada. Los pasajeros que aún quedaban en la cámara comenzaban á ocuparse de nosotros, aunque hablábamos en voz baja.

—Tome Vd., le dije presentándole su pañuelo, anoche le dejó olvidado.

—¡Ah, gracias!

—Lleva Vd. el mismo nombre que llevó mi madre, y esto basta para que me inspire un interés simpático: he aquí por qué al oirla hablar de ese modo la he compadecido.

—¡Oh! no hay para qué! ¡Yo creo ser feliz así!

—¿Y lo será Vd. siempre?

—Sin duda, puesto que lo creo, y la felicidad ¡ay! es impalpable tambien.

—La vida tiene horas muy tristes; en ellas acuérdesse Vd. de mis palabras: no es una necia inutilidad la que hace al hombre investigar su origen y buscar un más allá; es que parte de un todo divino, sus pensamientos convergen á su centro, como esa hermosa ondulation de aguas al centro á que las lleva la inmutable ley de la gravedad.

Después de saludar á Magdalena me alejé de la cámara y volví á mi camarote.

VI.

Me eché en la litera, y en vano intenté leer algunas páginas de esa magnífica obra de Balmes, siempre nueva, que se llama el *Criterio*.

Los pensamientos desordenados, ardientes, que me agitaban, vagaban entre mis ojos y el libro, y me hacian incomprensibles aquellas claras y profundas máximas.

Las palabras de Magdalena flotaban como chispas inflamadas entre la sombra de mis sensaciones.

Una mujer es siempre un hermoso demonio tentador que pone algo de persuasion en la idea que defiende.

Porque generalmente á una mujer no se la oye, se la mira.

Ellas, según la afirmacion de un fisiólogo, no han podido fundar jamas una religion, pero pueden hacerlas olvidar todas.

Ellas están alejadas de nuestras legislaciones, pero ¡ay! con una sonrisa inspiran todas las infracciones de esas leyes, de cuya confeccion están excluidas, acaso porque el hombre tiene miedo de tener que compartir con ese dulce ser con quien comparte vida y sentimientos, sus derechos y su autoridad.

Yo no recordaba las palabras de Magdalena en su propio sentido, pero recordaba el gracioso movimiento de sus labios y la mirada brillante de sus ojos.

Era una especie de vértigo el que yo sentía: sensaciones extrañas y desconocidas surgian de mi conmocion y se confundian en mi pensamiento.

Algo como una luz nueva se iniciaba en mi ser.

Si yo que escribo estas memorias para mí las escribiera para el público, advertiria á éste que no había amado jamas.

Mi corazón conservaba toda su savia, que debía desbordarse con estrépito, como la espuma de un licor espirituoso al verterse éste.

Había para mí como una rasgadura enérgica del velo de sombras de lo desconocido; por entre aquellos jirones arrancados, no sé á qué impulso, la luz entraba á torrentes y me deslumbraba.

Sin comprenderlo, Magdalena comenzaba á enamorarme.

¡Cosa extraña!

Lo mismo que encontraba en ella repulsivo era lo que me atraía.

El hombre es hipócrita hasta para sí mismo.

De esa hipocresía han nacido en todos los países esas frases que tuercen el sentido del idioma, porque disfrazan la accion que expresan.

No puedo ménos de confesarme que me engañaba á mí mismo, creyendo compasion lo que era interes, caridad lo que era empeño.

Yo recordaba confusamente algunos de esos libros malditos que tanto daño hacen á las sociedades, pues son para los sentimientos lo que el desnudo de las estatuas para el pudor.

Yo pensaba en la Margarita de Dumas, regenerada por el amor, adornada de todas las altas cualidades del sentimiento, en medio del vicio; absurdo tan grande como lo fuera el pretender que el armiño conservase su blancura nítida en un lodazal inmundo.

Y yo, que tenía el alma henchida de esa hermosa confianza que se disuelve en ilusiones celestes, me creía destinado por la Providencia á ser el salvador de Magdalena; el regenerador de un espíritu extraviado, pero no pervertido.

Ella estaba al borde del abismo, y yo creía que me bastaba extender la mano para contenerla en su caída.

¡Necia vanidad humana!

¡Qué es la voluntad ante el hecho, cuando Dios mismo no puede volver su pureza al alma que la ha perdido!

VII.

Yo escribo estos apuntes para hacerme á mí mismo una promesa sagrada... la de no olvidar en lo sucesivo que el hombre no debe amar sin saber á quién ama; que querer convertir en *castellanas* á las *maritornes*, suele ser la más peligrosa de nuestras quijotescas aventuras.

Así, pues, basta con que en resumen consigne los sucesos.

VIII.

Magdalena comprendió al fin el sentimiento que me inspiraba, y pareció acogerlo con su indiferencia habitual.

Una noche, en que las ideas se condensaban en mi cerebro con la pesadez de la niebla sobre el horizonte, en que me parecía respirar una atmósfera candente y voluptuosa, subí sobre cubierta á buscar el fresco viento del mar.

Había una calma profunda: el oficial de guardia se paseaba en el puente, y el marinero sentado al timon cantaba á media voz.

Un suave viento del Sur rizaba dulcemente las olas. Cuando yo subía, una nubecilla cubrió la luna como un antifaz.

A su pálida luz vi una forma blanca y gentil dibujarse ante mí con líneas indecisas.

¡Era Magdalena!

Magdalena, que, distraída y silenciosa, contemplaba la inmensidad del mar.

A la exclamación de asombro que se escapó de mis labios, ella se volvió y me tendió la mano.

Imposible me sería expresar las horas de embriaguez, de éxtasis, de pasión, de aquella noche, que dejó una huella candente en mis puras y sencillas memorias!

Embriagado y delirante, la ofrecí mi nombre y mi vida... Magdalena aceptó...

IX.

Cuando llegué á la Habana estaba decidido á hacerla mi esposa, y la amaba más cada día.

La casualidad hizo que yo pronunciase una vez su nombre delante de mis amigos:

—¿La conoces? me preguntó uno sonriendo.

—Es mi prometida, contesté yo con énfasis.

—¡Eh! ¿Qué dices! ¿Estás loco? Nadie se casa con una mujer así!

Quise, indignado, pedir explicaciones de aquella respuesta, y entonces creí morir de vergüenza y de dolor oyendo la historia de Magdalena.

¡Pobre mujer!...

Me despedí de ella en una carta, y salí de la Habana desesperado, pues la había amado de veras. Comprendí entonces cuán insensato es el hombre que ofrece sus sentimientos sin buscar ántes en el ser á quien ha de entregarlos los fundamentos de virtud, generosidad y reserva que pueden ser, y son indudablemente, en la vida la única garantía de la felicidad.—L....

PATROCINIO DE BIEDMA.

REVISTA DE MADRID.

BIEN á pesar nuestro hemos retrasado la presente crónica de los sucesos de la corte, interrumpiendo la cariñosa correspondencia que desde hace algunos meses tenemos con los lectores del CÁDIZ, y con su amable y distinguida Directora; pero como esta interrupción nos ha sido, quizá, más penosa que á aquellos á quienes aludimos, bien podemos esperar indulgencia.

Por otra parte, tan bueno y variado es lo que hoy tenemos que decir en la reseña presente, que quizá hayan ganado con esperar.

Desde nuestra última carta el aspecto de Madrid ha variado por completo, pues nos hallamos, no sólo en pleno Invierno, sino en el mes de Navidad. Las calles y plazas de la coronada villa presentan, durante las últimas cuatro semanas del año, un conjunto de animación, movimiento y alegría imposible de pintar. Los paseos están abandonados á la escarcha; las hojas de los árboles, marchitas y amarillentas, se desprenden de sus tallos bajando á tapizar las enarenadas alamedas; y como esto nada tiene de seductor, los habitantes de esta villa y corte, prefieren recorrer las calles, visitar las tiendas, llenar los cafés, invadir los teatros, ó bien, al lado de la confortable chimenea, hablar de artes, de ciencias, de literatura y de política, asuntos todos en los cuales no hay un solo español que no se crea competente.

Por donde quiera que se mire se tropieza con enormes montones de viandas; los altares levantados á la gula son tantos y de tan variado aspecto, que hacen pensar en la feliz y fabulosa tierra de *Jauja*; las confi-

terías ofrecen, entre doradas y artísticas molduras, verdaderos tesoros á los golosos, mientras los comercios conocidos con el nombre de *tirolenses* ponen á la vista sus mil caprichosos juguetes, propios para los regalos de *aguinaldos*. Todo, en fin, convida al placer y á la alegría; los dolores secretos desaparecen ante la dicha pública, y los ayes del que sufre quedan sofocados por las carcajadas de el que goza. Este es el mundo, y basta de filosofía.

Como siempre, los espectáculos están muy concurridos, pero en la presente temporada esta asiduidad la justifica el mérito de las obras.

Los teatros líricos están animadísimos. El de Oriente, porque todas las óperas cantadas hasta hoy, con escasas excepciones, han sido bien interpretadas, y nuestros compatriotas Elena Sanz y Gayarre, electrizan al público con su talento. En Jovellanos, después de las dos zarzuelas nuevas, de que nos ocupamos en nuestras cartas anteriores, se estrenó una tercera mucho mejor aún, y de la que van ya dadas 39 representaciones, estando siempre lleno el teatro. *El anillo de hierro*, se titula esta obra lírico-dramática, libro de Marcos Zapata, y música de Marqués. El argumento, las situaciones y la versificación, dan por resultado una producción digna del buen nombre del poeta, y en cuanto á la música, ajustándose perfectamente á las condiciones del poema dramático, es, según los inteligentes, un gran paso dado en la senda de la ópera española. Los autores reciben todas las noches nuevas demostraciones de entusiasmo del público, sin que que hayan faltado coronas, cartas de felicitación y todo cuanto, en tales casos, indica la unanimidad de pareceres sobre el mérito artístico de una obra.

Los teatros de verso tampoco pueden estar quejosos. En el Español han soplado vientos varios, dominando los bonancibles. Desde nuestra última crónica, tuvieron lugar algunos estrenos, entre los cuales está el de un drama, arreglado del francés por Don Mariano Catalina, con el título de *Alicia*, drama que murió al nacer, y con él, según se dice, las risueñas esperanzas del autor, que se consideraba ya casi académico, pues era el candidato presunto para ocupar en la ilustre corporación el sillón que está vacante por la muerte del Sr. Olivan. Sobre esto se han hecho numerosos comentarios en el mundo de las letras, ofreciendo pasto á la murmuración lo ménos durante ocho días. Pasada la nube volvió la calma, y con ella el estreno de un nuevo drama titulado *Theudis*, original y en verso del Sr. Sanchez de Castro. Este señor la ha tomado con los godos, pues ya hace algun tiempo dió vida á otro drama con el título de *Hermenegildo*. Como producciones dramáticas, estas obras están bien hechas; pero la historia de los godos no interesa sino muy medianamente al público indolente. Además, las ideas emitidas por el autor en ambas producciones, son un tanto ultramontanas; sin embargo, como tiene escenas de efecto y muy buena versificación el *Theudis*, ha gustado, alcanzando diez ó doce representaciones. Celebróse después en el mismo coliseo el aniversario del fénix de los ingenios Frey Lope de Vega Carpio, poniendo en escena la bellísima comedia de aquel esclarecido vate *La niña boba*, en donde la Mendoza Tenorio lució todas sus muchas dotes artísticas: se leyeron poesías de García Gutiérrez y otros poetas, alusivas al acto de la conmemoración: con el bonito sainete de D. Ramon de la Cruz, *Herir por los mismos filos*, terminó esta solemnidad, y por último, en estos días se está representando un drama, original y en verso, de los Sres. Santibañez y Echevarría, titulado *El paraíso de Milton*, obra que ha tenido muy buena aceptación y que promete durar sobre las tablas algunos días. En otra carta nos ocuparemos de ella.

El verdadero acontecimiento literario de la temporada ha tenido lugar en el favorecido y suntuoso teatro de Apolo, con el estreno de un drama de costumbres, en tres actos, original y en verso de D. Eugenio Sellés. Verdaderas tempestades de aplausos, tan unánimes como justas, se reproducen desde hace quince noches ante la representación de esta obra, que lleva el sello del genio, y que ha colocado á su autor á la altura de los primeros dramaturgos modernos. El asunto del drama es la espinosísima cuestión que hoy preocupa á todos los hombres pensadores: el adulterio y sus consecuencias, complicadas con la indisolubilidad del

matrimonio. El título de esta producción, tan gráfico como todo lo que en su trama se desarrolla, es *El nudo gordiano*. Cuantas condiciones son necesarias para que una obra dramática sea de primer orden, concurren en ésta. Sobriedad en los detalles, marcha fácil y verosímil en los sucesos, sencillez de acción y naturalidad en el desenlace. Con terrible laconismo está expuesto el problema: el autor no lo resuelve por sí, como pudiera hacerlo. En uso de sus facultades poéticas, deja que la sociedad y las leyes busquen el remedio á la llaga que él no hace más que descubrir. La versificación es fluida, sonora y cuajada de tiernísimos pensamientos y de elevadísimos conceptos, uniendo la belleza de la forma á la bondad y trascendencia del pensamiento. Once veces tuvo que presentarse el autor en el palco escénico en la noche del estreno, y al darse la décima sexta representación se calcula que ha sido llamado con insistencia por el público para prodigarle sus aplausos más de 150 veces. En los cafés, en los paseos y donde quiera que se presenta, se vé rodeado de admiradores. El desempeño de esta obra maestra ha sido magistral por parte de Vico y la Contreras, y nada más que regular por el resto de los actores.

En el bonito teatro de la Comedia también ha reinado tiempo vario. Blasco, que escribe una obra por semana, ha estrenado en este coliseo dos ó tres en poco tiempo, de las cuales la más aceptable ha sido una comedia en dos actos, titulada *Las niñas del entresuelo*. Con buena fortuna se estrenó hace días un juguete en dos actos y en verso, original de D. José Marco, con el título de *El gato negro*, que fué muy bien acogido y duró diez ó doce noches. Vital-Aza dió otro juguete también muy aceptable, titulado *Con la música á otra parte*, y por último, D. José María Díaz tuvo el dolor de ver morir al nacer un proverbio en tres actos, titulado *El hombre propone!*... el cual ni aún acabó de representarse. Para dejar de una vez en paz á los muertos, réstanos decir pue la tercera y última parte de la famosa trilogía de Echegaray, que lleva el título de *Algunas veces... aquí!* tuvo un éxito infeliz, desapareciendo de la escena a la tercera representación. La misma importancia que se había dado á este drama vino á perjudicarla en el ánimo del público, que esperaba otra cosa del autor de *La última noche*, y no le perdonó el verse defraudado, pues contra lo que ocurre generalmente en las obras de este escéntrico dramaturgo, no muere más que una sola persona, y ésta de muerte natural. La obra resultó fría, soporífera é inverosímil, no agradando ni al vulgo ni á los literatos é inteligentes, que auguran el eclipse de la estrella de Echegaray. Este es el único fiasco ocurrido en Apolo.

El movimiento literario está todo concentrado en el teatro, por lo que salen á luz muy pocas obras nuevas. En más de mes y medio sólo hemos visto el último libro de Perez Galdós, titulado *La familia de Leon Roch*, que es tan interesante como todas las producciones de este laborioso y modesto escritor. La novela tantas veces anunciada del eminente literato Don Juan Valera, *Doña Luz*, ha comenzado por fin á publicarse en la *Revista contemporánea* que es, sin duda, una de las publicaciones más importantes que ven la luz en la corte; y por último, hemos visto también las primeras entregas de dos novelas *Los caballeros del amor* y *Los juramentos de amor*.

Noticias teatrales no faltan. En el Español está ensayándose un drama de García Gutiérrez, y para Jovellanos está terminando Barbieri la música de una zarzuela titulada *La guerra santa*.

Las sesiones musicales, que la Sociedad de cuartetos celebra todos los Domingos en el salon chico del Conservatorio, están animadísimas, pues en Madrid abundan los apasionados á la música clásica, y en dichas sesiones se ejecuta de un modo admirable la de los primeros maestros.

Las conferencias en el Centro de enseñanza libre, son cada día más interesantes, llevando numerosa concurrencia los distinguidos oradores que usan de la palabra.

En el Ateneo literario también están muy animadas las discusiones, y el año promete ser fecundo para las artes y las ciencias.

Los salones de la buena sociedad permanecerán cerrados quizá todo el Invierno por causa del luto de

la corte, lo que hace que la afluencia á los teatros sea mayor que otros años; pero si en Madrid no hay reuniones se verifican cacerías y giras campestres en las posesiones de Osuna y San Fernando; en donde la juventud se desquita de la forzada clausura de los salones de baile y concierto.

La moda nada ofrece por el momento, pues los periódicos del ramo traen grabados solamente de labores, habiendo dicho la última palabra sobre los trajes de Invierno, y no teniendo los de sociedad aplicación inmediata. Así, pues, terminamos la presente carta, prometiendo á nuestras bellas lectoras una revista de modas tan pronto como éstas ofrezcan alguna novedad importante.

SOFÍA TARTILAN.

Madrid: 1878.

NOTICIAS.

La acreditada Biblioteca de los Sres. Perojo Hermanos acaba de poner á la venta en todas las librerías una obra que se esperaba con verdadera impaciencia, cual es el tomo tercero de la *Colección de Filósofos Modernos*, que contiene las obras de *Spinoza*, precedidas de un prólogo y traducción esmerada por el Sr. Reus Bahamonde. Forma un abultado volumen en 4.º mayor frances, lujosamente impreso y encuadernado, siendo su precio el de 30 reales en toda España.

La *Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada*, acaba de publicar otro nuevo *Manual*, el de *Metallurgia*, tomo I, por D. Luis Barinaga, ingeniero de minas y profesor de metallurgia en la única Escuela especial de Minas, siendo el cuarto de los que lleva publicados, y cuyo objeto es el de difundir la instrucción en las clases populares.

El *Manual de Metallurgia* de esta *Enciclopedia* trata de las propiedades de los metales; de las operaciones generales que se ponen en práctica para obtener cada uno de ellos segun los casos; de los aparatos en que estas operaciones se verifican, y de los accesorios que aún faltan para llevarlas á cabo; y por último, de los métodos que se emplean en las más importantes fábricas de cada metal, para extraerle y darle la forma más apreciada en los mercados.

Todas estas materias están tratadas de una manera clara y sencilla para la mayor inteligencia.

No cesaremos de llamar la atención de nuestros lectores sobre dicha *Biblioteca* y sus *Manuales*, tanto por su trascendental objeto, cuanto por el mérito de los libros.

Suscribiéndose á la *Biblioteca*, cada volumen cuesta cuatro reales, y los tomos sueltos se venden á seis.

Reiteramos la invitación á nuestros lectores á que se suscriban, dirigiendo el pedido á la administración, calle del Doctor Fourquet, núm. 7, Madrid.

De las catorce composiciones musicales que hasta fin de Noviembre tiene recibidas la Redacción de *La Bordinadora*, el Jurado calificador ha considerado, segun anuncia en el número 22 de la expresada revista, que solamente son dignas de publicarse las siguientes: La señalada con el número 11 y que lleva por título *Suspiros*, melodía para piano y canto; resultando ser de D.ª Inés Armengol de Badia, y está dedicada á la Sra. Baronesa de Purroy y la del número 13 *La Gitamilla*, polka de D. Pedro Ferrer, la cual dedica á su señor padre.

Las composiciones no aprobadas pueden sus autores pasar á recogerlas, mediante la presentación de la contraseña que se les expidió al efecto, á aquella Administración, Aray, 3, Barcelona.

La casa editorial de los Sres. Romero y Marzo tiene publicados los *Ejercicios elementales de medida y de entonación*, que sirven de auxiliares á todos los métodos de solfeo conocidos, y además cuantos estudios y obras de importancia pueden buscarse en el divino arte, ofreciéndolos á precios económicos. Recomendamos á nuestros lectores esta importante casa, Preciados 1, Madrid, de la cual se envían cuantos pedidos se hacen.

Hemos recibido *La dama caritativa*, preciosa obra que regala la *Ilustración popular*, de Barcelona, y la agradecemos mucho, como igualmente el lindo *Almanaque del Casabel*, que adornan bonitos grabados, y amenos trabajos literarios.

El beneficio del Sr. Albarran que tuvo lugar en la noche del 12, nos ofreció la ocasión de aplaudirle una vez más en la graciosa comedia *Calvo y compañía*, nueva en Cádiz, y que agradó mucho al público, por los chistes de buen género de que está salpicada, y la esmerada ejecu-

ción que obtuvo, tanto por el beneficiado como por los demás actores que en ella tomaron parte.

En la misma noche se puso en escena la comedia del Sr. Inigo *¿De quién es el niño?* que el público acogió con agrado, y la traducción del francés *Un lobo marino*, que no se representaba há tiempo y que fué muy bien recibida.

El Domingo 15 se estrenó la anunciada comedia de nuestro apreciable amigo D. Javier de Búrgos titulada *De Cádiz á Sevilla*, segunda parte de la *Vuelta á Cádiz*.

Hubiéramos preferido que el festivo escritor dedicase su ingenio á un asunto nuevo en algun cuadro de costumbres locales, ya que tantos, tan variados y tan ricos en detalles hallamos á cada paso en esta incomparable tierra, y desde luego nos pareció difícil continuar lo que aparecía perfectamente concluido, pero su chispeante pluma ha sabido hallar todavía algunas escenas que interesan, y no pocos rasgos de gracia. A la conclusión del primer acto el público le llamó para aplaudirle: reciba también nuestra enhorabuena.

El día 15 tuvo lugar en el colegio de *Jesús María y José*, que dirigen en Cádiz las hermanas de San Vicente de Paul, una Misa solemne en acción de gracias por la fundación de aquel centro de enseñanza. Después de la Misa, y cantado un *Te-Deum* por las niñas, acompañadas al piano por su profesora, tuvimos ocasión de ver á los pequeños niños de ambos sexos, contestar con precisión y soltura á las preguntas de Historia, Religion y Geografía que les dirigía la hermana Directora, y ejecutar graciosos juegos con precisión é inteligencia. Recomendamos este excelente centro de enseñanza á los padres de familia.

OBRAS DE PATROCINIO DE BIEDMA.

El Héroe de Santa Engracia, poema épico.

Guirnalda de Pensamientos, poesías.

Recuerdos de un ángel, elegías.

Dramas íntimos, episodios en verso con la biografía de la autora.

NOVELAS.

Blanca.

Cadenas del corazón.

El capricho de un lord.

Sensitiva.

La botella azul.

El testamento de un filósofo.

El odio de una mujer.

El secreto de un crimen.

Las almas gemelas.

La flor del cementerio.

EPISODIOS.

¿Dos minutos?

Desde Cádiz á la Habana.

Una historia en el mar.

Fragmentos de un álbum.

Habiendo pedido varios Sres. Suscritores muchas de estas obras, y estando agotadas las ediciones de ellas, se vá á proceder á hacer una nueva, que las coleccionará en tres grandes tomos. Los Sres. que quieran ser suscritores, tendrán la bondad de avisarlo así, para que figuren sus nombres en la lista que irá al final del último tomo.

Cada uno de ellos costará 10 pesetas: los Sres. Suscritores sólo abonarán por los tres 25.

No se exigirá el importe de suscripción hasta que empiece á repartirse el primer tomo.

Dirigirse á Patrocinio de Biedma, Herrador, 8, Cádiz.

ANUNCIOS.

OBRAS DE LA SEÑORA DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA.

En Cádiz librería de Morillas, San Francisco 36; Revista Médica, plaza de San Agustín, 4 y 5: en Madrid en las principales librerías.

BIBLIOTECA DE SEÑORAS.

UNA PESETA EL TOMO EN TODA ESPAÑA.

NOVELAS DE LA SEÑORA

Doña Faustina Saez de Melgar

Van publicadas, y se hallan á la venta en la Administración, Silva 29, 2.º Madrid y en todas las librerías: *Sendas opuestas* y la *Bendición paterna*, un tomo, *Inés ó la Hija de la Caridad*, dos tomos.

Se hallarán en Cádiz en la librería de Morillas.

EN PRENSA.

El collar de esmeraldas.

NUEVA EDICIÓN DE EL QUIJOTE.

La correcta y esmerada edición de

EL QUIJOTE

que ha hecho en Cádiz D. José Rodríguez y Rodríguez, bajo la dirección del Sr. D. Ramon Leon Mainez, puede adquirirse

se dirigiéndose al editor, tipografía La Mercantil, Sacramento 39, Cádiz, ó á las principales librerías de España y del extranjero.

La obra consta de 5 tomos: 4 contienen el texto puro y exacto de la magnífica producción de Cervantes, y el otro tomo, de más de 400 páginas, ofrece la más completa

VIDA

de aquel insigne escritor que se ha publicado hasta ahora, original de D. Ramon Leon Mainez, director de la *Crónica de los Cervantistas*. Los cuatro tomos que contienen el texto de *El Quijote*, llevan muchas notas y comentarios del citado escritor.

Los cinco tomos cuestan 40 rs., teniendo derecho el suscriptor á que su nombre figure en la adición á la lista que llevará el último tomo.

ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO

DEL

TEATRO ESPAÑOL,

DESDE SU ORIGEN HASTA NUESTROS DÍAS,

POR D. ROMUALDO ALVAREZ ESPINO

CON UN PRÓLOGO

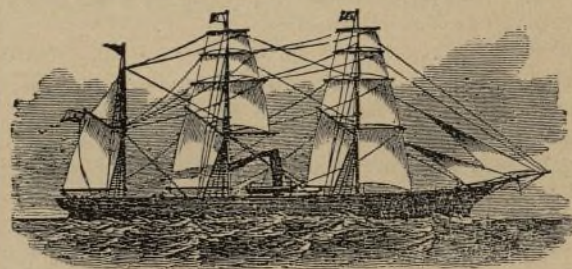
DEL EXCMO. SR. D. FRANCISCO FLORES ARENAS,

libro que tanto puede servir para la enseñanza, como para la consulta, y en el que se hallan recopilados los trabajos esparcidos por nuestros más ilustrados literatos en tratados estensísimos de *Literatura general*.

Esta obra, que consta de 75 pliegos en cuarto prolongado, de impresión muy compacta, pero clara, se hallará de venta al precio de 60 rs. en Cádiz en la tipografía *La Mercantil*.

A los Sres. Corresponsales se les hará una baja de un 20 por 100 en los ejemplares que pidan, advirtiéndoles que deben hacer los pedidos cuanto antes, por ser la tirada muy corta y haber servido ya algunos de consideración.

VAPORES CORREOS



DE A. LOPEZ Y COMPAÑÍA.

Para Puerto-Rico y Habana

De Cádiz, los 10 y 30.—De Santander el 20, tocando en Coruña el día siguiente.

Más informes de los Agentes en Cádiz, *A. Lopez y Compañía*.

LINEA DE VAPORES ESPAÑOLES



DE OLANO, LARRINAGA Y COMP.ª

PARA MANILA.

El nuevo y magnífico vapor de 5.800 toneladas

VICTORIA

saldrá de Cádiz para Manila el día 10 de Enero y el 15 de Barcelona.

Admite carga y pasajeros.

Para más informes, acúdase á su consignatario en Cádiz, plaza de las Cuatro Torres, núm. 5, y muelle de la Puerta del Mar,

D. MANUEL A. DE AMUSATEGUI.

CADIZ: 1878.

TIP. LA MERCANTIL

DE D. JOSÉ RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ, editor
Sacramento 39 y Bulas 8.